

La política de la hegemonía estadounidense: la estrategia de la derecha en América Latina

Introducción

AUNQUE en los últimos 30 años se ha escrito mucho acerca de las estrategias de izquierda, poca atención se ha puesto a las estrategias de derecha. Es esencial una revisión comprensiva de las formas de lucha de la derecha para entender a la izquierda porque las estrategias de los antagonistas están mutuamente interrelacionadas. Por ejemplo, la emergencia de la lucha armada de la izquierda en los sesenta y setenta estuvo relacionada estrechamente con el giro de la derecha hacia el gobierno militar y el ejercicio de la violencia.

Para discutir la estrategia de derecha es importante hacer notar varias cuestiones. La derecha utiliza diversas formas de lucha –violenta, electoral, protesta masiva–, combinándolas con frecuencia. En segundo lugar, las estrategias y tácticas de la derecha cambian con el tiempo dependiendo de las circunstancias contextuales. Por ejemplo, recurre a la violencia cuando pierde poder y se orienta hacia las elecciones cuando no hay un serio desafío inminente. En tercer lugar, la derecha está sujeta a divisiones internas: diferentes sectores se comprometen en diferentes formas de lucha. Bajo seria amenaza –un desafío a las relaciones de propiedad capitalistas, por ejemplo– combinan fuerzas para derrotar a sus enemigos comunes. En cuarto lugar, las estrategias de derecha varían si ejerce el poder estatal o está en la oposición. En la oposición puede estimular y utilizar lemas democráticos; una vez en el poder, con frecuencia recurre a la represión de los movimientos de masa. Finalmente, es importante analizar las alianzas, internacionales y nacionales, de clase e institucionales, de la derecha y sus diversos sectores en diferentes coyunturas políticas. Tomando en cuenta estas suposiciones, es útil intentar “periodizar” la estrategia de derecha según evolucionó de los sesenta a finales de los noventa.

La derecha en el poder: una perspectiva histórica

Mientras que en los noventa la política de derecha ha sido proactiva o ha estado en la ofensiva para establecer los términos y parámetros del debate y la

acción políticas, no siempre ha sido ese el caso. Hace 25 años la derecha estaba a la defensiva, sus políticas eran reactivas. Estaba comprometida en la acción de retaguardia frente al avance de la izquierda. Mientras que actualmente la derecha actúa desde el poder del Estado en contra de la oposición de izquierda en la sociedad civil, durante los sesenta y principios de los setenta –con la excepción de Brasil– la derecha actuaba desde la “sociedad civil” en contra de los regímenes nacionales, populares y socialistas.

El conflicto contemporáneo de clases tiene sus orígenes en el periodo subsecuente a la Segunda Guerra Mundial. Tras la derrota del fascismo y la ola creciente de revoluciones anticoloniales en Asia y África, el avance del comunismo en China y Europa del Este, y la socialdemocracia y el comunismo en Europa occidental, América Latina experimentó un brote de regímenes y movimientos nacionalistas izquierdistas y populistas. En Venezuela, Chile, Guatemala, Colombia, Argentina y Brasil los gobiernos populistas y socialdemócratas llegaron al poder. Estos regímenes favorecieron la redistribución de la riqueza, incrementaron el bienestar social y canalizaron recursos de las clases terratenientes-mineras al complejo urbano-industrial. La derecha respondió organizando un contraataque en dos niveles: coaliciones civiles “democráticas” y golpes militares. La contraofensiva de la derecha coincidió con la Guerra Fría orquestada por Estados Unidos. Washington se convirtió en un actor principal de la contraofensiva de derecha de finales de los cuarenta y cincuenta. La derecha “legitimó” su estrategia de exportación liberal y sus intereses de clase bajo el disfraz del “anticomunismo”.

En el Caribe (Cuba, República Dominicana y Haití), al igual que en América Central (Guatemala) y América del Sur (Venezuela, Perú), la derecha fue capaz de unir su burguesía terrateniente, minera y comercial con el apoyo de los bancos y empresas estadounidenses multinacionales. El principal instrumento político fueron los regímenes militares dictatoriales (Somoza, Duvalier, Batista, Odría y Jiménez)

En América del Sur, específicamente en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, la derecha formó alianzas electorales con la burguesía industrial emergente en torno a la bandera del “desarrollismo” que abrió el espacio para los populistas mientras relegaba a la izquierda a una posición marginal. La derecha se comprometió en las luchas electorales basada en su dominio sobre las áreas rurales y su alianza con la burguesía urbana. La alianza entre burguesía y terratenientes combinó la protección de la industria con el estímulo de las exportaciones primarias. Para finales de los cincuenta tuvo lugar una segunda “ola” de movilización popular, encabezada por la Revolución cubana.

El experimento reformista

Entre 1960 y 1964, la derecha se dividió entre un sector populista que intentaba “cooptar” la agenda de reforma de la izquierda revolucionaria y una “derecha dura” que se alineaba con los militares y la jerarquía conservadora de la Iglesia.

En Brasil, Chile, Perú y Venezuela, la derecha populista, aliada con Estados Unidos, impulsó reformas agrarias para dividir a los campesinos de las clases trabajadoras radicalizadas y los pobres urbanos. Bajo la tutela de Estados Unidos, la reforma se combinó con la represión física en la forma de “contrainsurgencia”. La burguesía combinó la lucha electoral y la armada. Bajo la presión de la izquierda y los movimientos populares, los “sectores populistas” de la derecha comenzaron a perder control del “proceso de reforma”. Cada vez más, la derecha dura comenzó a organizar grupos paramilitares, protestas masivas y *boicots* económicos (desinversión, cierre de empresas, etcétera). La “derecha electorera” abandonó cada vez más su “alianza populista” y comenzó a preparar la acción armada encubierta aliada con los militares y las agencias de inteligencia estadounidenses.

La “fase reformista” de la derecha terminó en 1964 con el golpe militar en Brasil. Precedido por protestas masivas, la izquierda utilizó sus vínculos con la iglesia tradicional, los medios masivos conservadores y la asociación cívica; la derecha fomentó la parálisis económica y la polarización sociopolítica. En este contexto, la “derecha dura” aliada con los militares lanzó el golpe militar.

El punto importante es que la derecha poseía una visión instrumental de la democracia. Para la derecha, el carácter de clase y la orientación del Estado determinaron su práctica hacia la lucha armada o electoral.

El ejemplo brasileño: la decisión de la derecha brasileña de tomar el camino de la lucha armada a través del golpe militar puso un ejemplo para la derecha en el resto de América Latina. Hubo golpes militares subsecuentemente en Argentina (1966 y 1976), Bolivia (1971) y Chile (1973). Se cerró la etapa de la competencia electoral de la derecha con la izquierda. La incapacidad de la derecha de controlar el proceso “reformista” y su pérdida de apoyo electoral fortalecieron a los sectores orientados hacia la lucha armada. La Alianza para el Progreso, anunciada por Kennedy, había muerto. Estados Unidos se alineó una vez más con la “derecha dura”. En términos ideológicos, la derecha cambió de un discurso democrático a la seguridad nacional, de la reforma agraria a la “modernización” orientada a la exportación.

En los países en que la derecha recurrió al gobierno militar (Brasil, Argentina, Bolivia, etcétera) el dominio armado provocó respuestas de la izquierda:

surgieron movimientos guerrilleros a lo largo del continente. En los países en los que continuaban los gobiernos civiles (Chile, Uruguay), el proceso de reforma social se profundizó y la derecha radicalizó la lucha de sus asociaciones empresariales y grupos cívicos, comprometiéndose en un amplio sabotaje económico.

Retirada y reacción: la derecha entre 1970 y 1976

Los golpes militares de los sesenta y las políticas de reforma no logran apagar la reinsurgencia de las luchas populares. Con la excepción de Brasil, la derecha fue incapaz de “contener” a la derecha electoral o limitar la creciente influencia de los movimientos extraparlamentarios. En Chile, la izquierda ganó las elecciones, en Argentina los populistas nacionalistas regresaron al país; en Bolivia, una asamblea popular dirigía la rama legislativa; y un sector nacionalista del ejército gobernaba en Perú. La derecha estaba temporalmente en retirada.

La derecha suave comenzó a organizarse desde la economía: llamados a la clase media en nombre de la propiedad, el orden, la estabilidad, la organización de las amas de casa, la retirada del capital y los cierres de empresas. La derecha dura buscaba una confrontación definitiva y comenzó a tocar en las puertas de las barracas militares y a aceptar el financiamiento de la CIA. Las tácticas variaban de país a país pero era clara la tendencia “hacia la combinación de procedimientos legales e ilegales”. En Argentina y Chile la derecha organizó grupos paramilitares para asesinar a los opositores políticos. Los grupos empresariales y los profesionistas se organizaron para resistir a la legislación laboral progresista y a las reformas sociales. La derecha utilizó o rechazó las normas constitucionales.

Se atacó a grupos específicos. Las mujeres de clase media se organizaron para protestar por la escasez o la inflación inducidas por la derecha, pero atribuidas a la izquierda. Se movilizaron grupos religiosos en las calles para protestar por los cambios seculares y resistir al “comunismo ateo”. Lo más importante fue que el ejército y la policía fueron altamente “politizadas” y se dirigieron hacia el debilitamiento de la autoridad de la izquierda en el poder al desobedecer las órdenes y tolerar al gobierno de derecha mientras reprimían a los movimientos populares.

La derecha dura en el poder

La década de 1973 a 1983 fue de ilimitada violencia derechista perpetrada por el gobierno a través de paramilitares. La violencia de derecha alcanzó grados

sin precedente tanto en alcance como en profundidad. En América Central, fueron asesinadas 350,000 personas y dos millones y medio fueron exiliadas. En América del Sur (Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Bolivia y Perú) fueron asesinadas cerca de 70,000 personas. La derecha recurrió al terror de Estado en una escala masiva. La política represiva estaba orientada a desarticular totalmente la sociedad civil, especialmente a los movimientos sociopolíticos populares, destruir el ámbito de actuación de los líderes políticos e intelectuales nacionalistas, populistas y socialistas, pero más aún: reestructurar la economía y el Estado.

La segunda fase de la estrategia de derecha fue reconfigurar la economía, el Estado y la estructura de clase para concentrar la riqueza en las elites de exportación, los bancos y las multinacionales; y centralizar el poder en la rama ejecutiva (militar) del gobierno. Para acompañar estos cambios político-económicos, la derecha creó un nuevo marco político-intelectual neoliberal desde el cual le fuera posible configurar las políticas económicas y sociales. La combinación del gobierno violento y la “reforma liberal” fue encarnada por primera vez en Chile, con Pinochet, seguida más tarde por los gobernantes militares en Argentina, Uruguay y Bolivia. La derecha profundizó sus vínculos internacionalmente mientras desarticulaba a la sociedad civil internamente. Estados Unidos y las agencias financieras internacionales aportaron grandes flujos de recursos financieros y grupos de consultoría económica para consolidar los regímenes de derecha. Muchos de los asesores económicos clave de la derecha eran graduados de universidades estadounidenses especializadas en el dogma del libre mercado (universidades de Chicago, Stanford, Harvard, etcétera).

La derecha estableció el marco institucional para profundizar la apertura económica en favor de las TNC y los exportadores locales. Igualmente importante, a través de programas de privatización y concesiones financieras, la derecha creó una nueva clase de billonarios latinoamericanos ligados con los mercados internacionales e influyentes en la economía local. La burguesía internacional formaba el corazón de la nueva derecha liberal. Su expresión ideológica se encontraba en la retórica de la globalización y la modernización.

Consolidación: el debate de la redemocratización

Una vez logrado el marco institucional-económico liberal y que el proceso de acumulación y concentración estaba funcionando, la derecha debatió la cuestión de la “governabilidad”. La discusión se centró en la legitimación de las reglas para resolver los conflictos de interés dentro de la clase dominan-

te y el método para contener la inquietud popular. El tema de la gobernabilidad se agudizó con el retorno de las luchas de masa en Brasil (1979-1985), Chile (1983-1986), Argentina (1982-1983), Bolivia (1981-1984), al igual que con la lucha revolucionaria en América Central (Guatemala y El Salvador).

Los regímenes militares ya no eran los instrumentos políticos más viables para profundizar y extender el modelo neoliberal promovido por el consenso de Washington. La derecha giró hacia una transición negociada, en la cual un sistema electoral preservaría el Estado y dejaría intacta la estructura socioeconómica de clase. Para la derecha era crucial la selección de interlocutores apropiados que aceptaran los parámetros de la política establecidos durante la dictadura y respetaran la impunidad de los militares. La derecha dividió a la “oposición democrática”, favoreciendo a sus líderes capitalistas y marginando a la izquierda. A cambio de la entrada de la izquierda en la política electoral, fueron desmovilizados los movimientos masivos y la derecha consolidó sus posiciones de poder socioeconómico.

El mercado libre: elecciones libres y neoautoritarismo en los noventa

La transición negociada garantizó la consolidación del orden socioeconómico liberal. El ala de centroizquierda estaba integrada como una oposición electoral marginal. La derecha continuó dominando en las instituciones críticas del poder político –la Presidencia, la Suprema Corte, el Poder Judicial, el Banco Central, los mandos militares y los principales ministerios. Al controlar los mandos superiores del orden político y económico, la derecha estaba dispuesta una vez más a ejercer el poder dentro del sistema electoral.

Desde el pináculo de la rígida estructura de clases, la derecha controlaba los medios de masas y los recursos financieros para proyectar una imagen de legitimidad, al tiempo que practicaba un nuevo estilo de política autoritaria. Bajo la fachada electoral de los noventa, la derecha gobierna a través del Ejecutivo, legisla por decreto del Poder Ejecutivo. Garantiza la continuidad de su gobierno haciendo que se aprueben leyes que permitan la reelección del presidente. Presiona y corrompe a los diputados y jueces para aprobar la legislación laboral que va en contra de los trabajadores, debilita a los sindicatos y mina la solidaridad de clase.

La derecha se involucra en la guerra de clase, fortaleciendo a la clase burguesa al privatizar empresas públicas clave, concentrando más poder y recursos económicos en las manos de sus principales simpatizantes de clase. La derecha facilita las fusiones de los imperios de los medios masivos centralizando así

el control ideológico en manos de los capitalistas de derecha. Las políticas neoliberales son menos una estrategia “económica” y más una estrategia política de clase. Las políticas económicas y los decretos políticos están dirigidos a desarticular la base social de la izquierda. Las medidas legales se aplican por la represión física.

En 1996, en Brasil, el régimen derechista de Cardoso presenció el asesinato de cerca de 50,000 campesinos. En Chile, fueron reprimidas sistemáticamente las huelgas de trabajadores rurales. En Argentina, quienes se manifiestan en plantones son atacados de manera rutinaria por la policía y los periodistas son golpeados y asesinados. En Perú, el régimen de Fujimori es responsable de asesinar, encarcelar y torturar a miles de activistas populares. Bajo la fachada electoral y la civilidad política de la clase política, la derecha actúa con implacable violencia en contra de la oposición popular. El ejemplo más notable es Colombia, donde los políticos narcoelectorales promueven los mercados libres y los escuadrones de la muerte, las elecciones y la militarización del campo.

En los noventa, la derecha continuó aplicando la violencia militar al grado de que la lucha social no podía ya limitarse a la estrecha arena electoral. Mientras que en la mayor parte de América Latina, la derecha se apoya en los métodos autoritarios de los decretos ejecutivos que permiten al sistema legal ejercer la opción de utilizar la fuerza y la violencia extrajudiciales para limitar la oposición a la pobreza y la explotación que resultan de la aplicación de “políticas de ajuste estructural”.

Nuevos métodos de lucha: las ONG y los programas contra la pobreza

La estrategia de la derecha para contener la movilización popular combina armas organizativas tradicionales y nuevas. Los “programas contra la pobreza” promovidos por el Estado y el financiamiento de las ONG son instrumentos clave del control social. Los programas contra la pobreza son mecanismos apenas disfrazados para la “compra de votos”, dado que proporcionan comida y crédito, en pequeña escala, para la sobrevivencia de los pobres, a cambio de votos. Las ONG de hecho son agencias privadas financiadas por el gobierno (europeo, estadounidense o el Banco Mundial) compuestas por profesionistas de clase media que organizan “proyectos” para promover la “autoayuda” y a microempresas, y a la postre limitan los movimientos sociopolíticos que luchan por cambios estructurales como el empleo, la salud pública y la educación.

La derecha administra la “macroeconomía” por decreto del Poder Ejecutivo en colaboración con asesores internacionales no electos y penetra la “microeconomía” de las comunidades pobres mediante funcionarios de la pobreza y ONG con fondos privados.

La derecha y el imperio de Estados Unidos

Cualquier discusión de la derecha en América Latina debe tomar en cuenta el Estado imperial estadounidense y los bancos y corporaciones multinacionales. Ellos juegan un papel central en la configuración de la estrategia proveyendo apoyo organizacional y financiamiento a la derecha. De hecho, conceptualmente son una parte integral de la derecha.

La estrategia de Estados Unidos es de derecha porque su intervención y articulación es en defensa de políticas que favorecen la maximización de ganancias y su libre transferencia por una pequeña elite de bancos y corporaciones a costa del ingreso de los asalariados y del crecimiento nacional. Sus políticas están articuladas estructuralmente con los grupos empresariales y financieros de la derecha en contra de los movimientos populares. Su ideología de libre mercado, encuentra eco en las doctrinas liberales de la derecha latinoamericana y es hostil a las políticas redistributivas de la izquierda.

La política de derecha de Washington varía según el contexto político. Durante los cincuenta, Washington estuvo aliado con los dictadores militares de derecha para promover las “economías abiertas”. Sus aliados políticos se concentraban entre las elites mineras y terratenientes. En algunos países –como Brasil, Chile y Argentina– apoyaba a regímenes electorales “desarrollistas” basados en la alianza entre corporaciones multinacionales, empresas estatales e industrias nacionales.

Después de 1959, en vista de la Revolución cubana y del auge de los partidos nacionalistas y socialistas, Washington intentó dividir al movimiento formando alianzas con las clases medias liberales y con los sectores industriales. Washington intentó ganarse a la oposición proponiendo un programa reformista (la Alianza para el Progreso) con el objeto de aislar al movimiento revolucionario de izquierda de trabajadores y campesinos. El presidente Kennedy intentó crear una alianza electoral entre el “centro reformador” y la derecha militar y empresarial en torno de una reforma combinada y la lucha contrainsurgente.

La “transición” a la democracia, impulsada por Washington durante los sesenta, sin embargo, no tuvo éxito. En la medida que los movimientos populares cobraron fuerza, redujeron el intento de la Alianza para el Progreso

por establecer un nuevo bloque hegemónico de derecha. Amenazado por el poder electoral de la izquierda, Washington apoyó a los golpes militares. Los ideólogos de Estado estadounidenses justificaron el nuevo “giro” violento inventando la doctrina de la seguridad nacional y la noción de un “ejército modernizado” entrenado por Estados Unidos. Washington cambió su apoyo político al Estado-nación y a la clase capitalista privada para canalizarlo a la burguesía exportadora vinculada con el mercado mundial.

Washington cambia de estrategia: 1980 a 1997

La crisis de las dictaduras militares en los ochenta, el problema de la deuda y el crecimiento de la oposición de masas condujo a Washington a repensar su estrategia militar y a aplicar una doble estrategia:

- buscó dividir a la oposición antidictatorial financiando y asesorando al sector de la burguesía liberal, mientras aislaba y desmovilizaba a los movimientos populares de izquierda; y
- promovió una transición negociada entre los burgueses liberales y el ejército que mantendría a las fuerzas armadas, profundizaría las políticas de “libre mercado” y convocaría a elecciones.

Washington, a través del Fondo Nacional para la Democracia (National Endowment for Democracy), financió seminarios, reuniones y publicaciones sobre el tema de la “redemocratización”. La “nueva democracia” incorporada en el consenso de Washington excluía la consulta popular, la reforma agraria, la redistribución del ingreso y los servicios sociales públicos comprensivos. En cambio centralizó el poder en la presidencia como un instrumento de la política neoliberal. A través del financiamiento de campañas electorales, el entrenamiento y promoción de líderes sindicales conservadores y de grupos comunitarios, Washington penetró en diferentes capas de la sociedad latinoamericana con la “autoayuda” neoliberal y la ideología “individualista”.

Una vez dividida la “oposición democrática”, Washington articuló sus políticas económicas y militares a través de partidos electorales de derecha y se dirigió también a dividir a la izquierda. A través de congresos y seminarios en el extranjero, Washington apoyó a los llamados sectores “moderados” de la izquierda. Al financiar a burócratas sindicales no conflictivos, seminarios de entrenamiento en la economía del libre mercado, al igual que promover conferencias para intelectuales y políticos de centroizquierda, Washington dividió a la izquierda. La centroizquierda dejó sus programas antiimperialistas y aceptó la doctrina de la *globaloney*.

A través de sus programas ideológicos y culturales, Washington fue capaz de crear nuevos parámetros de discurso político, en los que el imperialismo fue reemplazado por la “globalización” y la lucha de clases fue reemplazada por los “pactos sociales”, la movilización política fue reemplazada por la “gobernabilidad”. La articulación de la “derecha imperial” con la derecha latinoamericana es esencial para entender la integración económica y la “globalización” de las economías latinoamericanas. La ascendencia del neoliberalismo como la ideología dominante que define a la derecha es precisamente un producto de las “alianzas internacionales” de la derecha latinoamericana y Estados Unidos. La elección de políticos de la nueva derecha –como Ménem, Cardoso, Sánchez de Lozada, Sanguinetti y Zedillo– refleja el esfuerzo conjunto por una derecha internacional unida, basada en sus programas neoliberales comunes. La retórica de la “redemocratización” promovida por los académicos y periodistas liberales domina la universidad y los debates de los medios masivos, oscureciendo la continuidad del poder de las elites gobernantes y la profunda intervención de Washington en los sistemas políticos y económicos latinoamericanos.

Las formas cambiantes de la intervención de Washington, el cambio de la estrategia militar a la electoral, no debe distraer a los observadores de tomar nota del apoyo continuo a las estructuras elitistas de poder, la concentración de la riqueza y los métodos autoritarios de gobierno. Y uso continuo de la fuerza en Panamá, Granada y la llamada lucha antidrogas.

La estrategia de derecha de Washington refleja una flexibilidad táctica y una rigidez estratégica. Washington apoyó las revueltas armadas en contra de los regímenes populares (Brasil, 1964; Chile, 1973; Nicaragua, 1981-1990, etcétera) y tras sus triunfos apoyó los procesos electorales en los noventa. El cambio estuvo basado en los pactos electorales de elite que reemplazaron a los regímenes militares en decadencia desafiados por los movimientos populares de masa (América Central, 1975-1991; Brasil, 1979-1986, etcétera). Los cambios políticos tácticos se combinan con rigidez en las metas estratégicas de mantener el orden capitalista y, más precisamente, profundizar el modelo económico neoliberal. El cambio político y las transformaciones en la política de derecha siempre son guiados por criterios de clase: la composición de clase y la orientación del ejército, el Banco Central y el Ejecutivo. En contra de lo afirmado por Bobbio, la derecha inventa sus propias “reglas del juego” para ajustarlas a sus intereses de clase. El gobierno de derecha no está basado en un discurso democrático, sino en el poder de Estado. En la oposición, la derecha explota las quejas populares y promueve organizaciones sociales para comprometerse en la lucha de clases en contra de los gobiernos de izquier-

da. Una vez que tienen el poder del Estado marginan a los grupos populares y gobiernan por decreto.

La derecha estadounidense utiliza a la derecha latinoamericana para formular decretos y legislaciones que privaticen la propiedad pública, bajen los costos sociales, decremen los impuestos y debiliten la legislación laboral. En la oposición, la derecha se compromete en efecto en la lucha de clases a través de *boicots*, cierres de empresas, grupos paramilitares y fugas de capital para destruir a los regímenes democráticos que legislan en favor de los campesinos o trabajadores. El análisis de clase, la lucha de clases y la visión de clase de la derecha política contrasta con la vaga ideología de la “democracia con igualdad” de los intelectuales de clase media del centro reformador y los sentimientos populistas reactivos entre la masa. El análisis de clase de la derecha explica su exitosa imposición ideológica neoliberal sobre la clase política. La ausencia de una perspectiva de clase en la centroizquierda limita los esfuerzos por construir una alternativa sustantiva.

Reflexiones sobre la estrategia de derecha

El análisis histórico nos dice que la estrategia de derecha varía de contexto a contexto, pero su meta política sigue siendo la misma: el control absoluto del poder estatal para promover la acumulación de la riqueza privada en asociación con el capital transnacional. En la actualidad, ello asume la forma de la desarticulación del mercado interno para profundizar la integración en el mercado internacional. En un periodo de creciente poder de la clase trabajadora bajo el liderazgo populista, un sector de la derecha, la “burguesía nacional”, se separó de la derecha liberal para formar una alianza coyuntural. La división de la derecha entre una derecha “nacional” y una “liberal”, entre una derecha “electoral” y una derecha “militar”, fue temporal.

Al enfrentarse a la amenaza de una victoria electoral popular con una agenda socializadora, se unieron los diferentes segmentos de la derecha, abrieron sus estrategias electorales y adoptaron una posición “militarista” utilizando las libertades democráticas para crear tensiones sociales y caos económicos como pretexto para la toma violenta del poder. La adopción de la violencia por la derecha, como un método para apoderarse del poder del Estado y luego gobernar, le permitió establecer nuevos parámetros de debate político, al igual que un nuevo orden socioeconómico. El poder de derecha no era “restauracionista”. El uso de la violencia militar estaba dirigido al servicio de los intereses de clase de la elite civil, económica y política. Ésta no era una reacción “institucional”. La reconcentración de la riqueza privada y la destrucción de la visión socialista alternativa fueron metas estratégicas que guiaron a la derecha. La vio-

lencia también era una manera de domesticar a los intelectuales y a los políticos profesionales: marcaba los límites de la movilización y el debate político.

La derecha, al controlar los términos del debate público y establecer las nuevas reglas del juego electoral, a través de la violencia, proporcionó una “apertura política”. La hegemonía de derecha se expresa por la asimilación de la clase política y la aceptación de las premisas básicas y los proyectos económicos del modelo neoliberal. Bajo las condiciones de la hegemonía política, la derecha estaba preparada para reintroducir la competencia electoral y las “instituciones democráticas”.

Como ya se hizo notar, la derecha estuvo alternativamente dividida internamente y luego unida, dependiendo del contexto socioeconómico más amplio. En tiempos “normales”, cuando no hay un desafío inmediato y a gran escala desde abajo, la derecha está dividida entre sectores liberales (terratenientes, comerciantes, banqueros), quienes, sin el poder popular, dependen más del ejército, los paramilitares y la policía; y los sectores reformistas nacionalistas conformados por los industriales, profesionistas, comerciantes locales, quienes están más cercanos a la búsqueda de alianzas tácticas con los sectores populares, mientras sean ellos quienes ejerzan la hegemonía.

Con el tiempo, ha cambiado la relación entre estos dos sectores de la derecha: entre los cuarenta y los setenta la derecha “reformista nacional” estaba en ascenso. Desde finales de los setenta, ha estado en ascenso la actual derecha “liberal”. La derecha liberal de la actualidad ha hecho la transición de un bloque de poder basado en el poder armado a un régimen electoral autoritario “centrado en el Ejecutivo”.

Los “aliados naturales” de la “nueva derecha” son los bancos extranjeros, las TNC, el Banco Mundial y el FMI. Su fuerza se basa en su capacidad de influir el liderazgo político de la centro-izquierda con su ideología neoliberal a un grado sin precedente en el siglo XX. La derecha no sólo gobierna directamente desde el poder, sino que sus ideas de “privatización”, “integración” y “ajuste estructural” son practicadas y articuladas por sectores del Partido de los Trabajadores, en Brasil; el Frente Amplio, en Uruguay; el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), en Nicaragua; el Partido de la Revolución Democrática (PRD), en México; el Partido Comunista Cubano, etcétera. El sometimiento más completo a la derecha se encuentra en el Partido Socialista chileno, que ha cambiado de ser el partido del presidente socialista Allende a adoptar los programas económicos del general Pinochet.

Los conflictos históricos entre la derecha latinoamericana y Estados Unidos han disminuido. En el pasado, la derecha “nacionalista” y algunas veces la derecha burguesa democrática resistió la intervención estadounidense, defendió el mercado doméstico y se opuso al apoyo estadounidense de los golpes

militares. Por ejemplo, Vargas y Perón, Arbenz y Goulart, Velasco y Rodríguez, representaron todos ellos a sectores de la burguesía nacionalista reformista.

En la actualidad, la nueva derecha, tanto en el sector “productivo” como en el “financiero”, tiene muy pocos conflictos, si no es que ninguno, con Estados Unidos: comparten la agenda liberal, aceptan la penetración militar estadounidense bajo el disfraz del combate a las drogas y están fuertemente involucradas en la venta de las empresas públicas a las TNC estadounidenses. Las propuestas de la “integración” regional son mecanismos que en esencia pretenden profundizar los vínculos políticos y económicos entre inversionistas billonarios y exportadores de América Latina con sus contrapartes estadounidenses. El antiimperialismo temprano de la derecha ha dejado su lugar a la integración profunda. La expresión ideológica más significativa de la integración de derecha es la retórica de la “globalización”, una palabra para expresar la subordinación al imperialismo.

La paradoja del actual periodo de gobierno de derecha es que mientras se profundicen la explotación económica y la miseria la derecha continuará jugando según las “reglas democráticas”. Si los movimientos populares desafían seriamente las condiciones de la explotación, la historia nos enseña que la derecha muy probablemente cambiará de los mercados libres y las elecciones a un régimen de libre mercado con ametralladoras. El movimiento del capital entre sectores económicos, de la manufactura a las finanzas y al comercio, significa que las divisiones entre el capital son mucho más débiles y que la unidad de propósito en contra del trabajo es mucho más fuerte. Hoy en día la división entre la izquierda y la derecha es esencialmente una división de clase; las alianzas populistas verticales son cosa del pasado.

